

# CARAS y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTISTICO Y DE ACTUALIDADES

JOSÉ S. ALVAREZ  
FUNDADOR

CARLOS CORREA LUNA  
DIRECTOR

JOSÉ M. CAO  
DIBUJANTE

AÑO X

BUENOS AIRES, 19 DE ENERO DE 1907

N.º 433

En quintas nupcias



## La casa sin luz

**E**N el poniente, desde un cielo de brumas, el sol esparcía aún su claridad gris sobre la llanada sin término. En cambio, al este, el bosque espeso ensombrecía la pradera con tintas violáceas.

De tiempo en tiempo, una garúa efímera, mortificante y fugaz como un mosquito, castigaba la tierra; y de rato en rato, el viento en rachas, frías y ásperas, cruzaba serpeando, rampante y silbador como un reptil.

Cantalicio, agitando sin cesar el arreador, dando continuamente riendas al malacara transido, renegaba arreando la majadita que las lloviznas y los vientos dispersaban á cada instante, haciendo lento y fatigoso el avance.

Iba ya agotándosele la paciencia al pastor, cuando acertó á pasar por allí su amigo Luis María, quien se detuvo á saludarlo.

—¿Renegando con las chivas, amigo?

—Así es: ya m'están dentrando ganas de dejarlas que se las trague el arroyo ó el frío les haga estirar la pata!...

—¿Qué quiere, viejo!... las ovejas son lo mismo que las mujeres: cuantimás hace uno por ellas, menos se lo agradecen; cuantimás forcejea uno por salvarlas, más se empeñan en tirar pal peligro y pa la perdición. Pero... hay que tener pasensia y aguantar como varón.

—Aguantar hast'ande se pueda—respondió tristemente Cantalicio.

—Siempre se puede, la cuestión es querer... Güeno, viejo, hasta mañana; lo dejo por qu'en casa m'están esperando y se van á recocer las raíces.

—Adiosito, amigo.

El paisano encendió el pucho, se echó á los ojos el chambergó, castigó el caballo y partió á galope, canturriando una copla alegre.

Cantalicio lo estuvo mirando hasta que se perdió en las sombras. Las últimas palabras de su amigo le habían dejado el alma ortigada: «¡Me están esperando en casa!»...

Con brusco ademán echó el sombrero á la nuca, irguió sobre los estribos su cuerpo menudo y fuerte, rigurosamente vestido de luto y paseó una mirada llena de odio sobre la comarca asombrada. Una ráfaga le envistió en ese instante y una de las puntas de la golilla negra le castigó el rostro con fuerza.

—¡Malhaya!—rugió el gauchito;—¡hasta las cosas me cachean!...

Y otra vez dirigió la mirada al poniente, sin hacer caso del viento, ni de la garúa ni de las ovejas que se dispersaban balando lastimosamente.

Se había entrado el sol; las sombras cobijaban la planicie inmensa, salpicada de lucecitas semejantes á bichitos de luz. A la derecha, sobre la franja sombría del bosque, un extenso resplandor denunciaba el pueblo. ¡Por todas partes, casas, luces, luces guiando á los «esperados», luces alumbrando afectos!

Con el alma enlobrigada por una de esas tristezas infinitas, hijas de lo irremediable, saturadas de odios impotentes, Cantalicio cambió la dirección de la mirada, fijándola en un pequeño bulto negro, inmóvil y silencioso, que se alzaba á pocas cuerdas de allí, casi pegado al río. ¡Aquella era su casa!...

Allí no había luz; allí no había quien encendiese una luz, porque allí no esperaba nadie. ¡Cuando el dueño llegara á ella, mojado, transido, duro de frío, ninguna voz humana le calentaría el espíritu con una frase cariñosa, ninguna mano le alcanzaría un mate, en ningún fogón chirriaría un churrasco!... Allí habitaban las sombras, el silencio y las tristezas. ¡Después de llegar Cantalicio y de encender el candil, hacer fuego, calentar agua, ensartar el asado, seguían reinando las tinieblas en el rancho miserable donde había anidado el dolor y seguiría dominando el frío en aquella habitación maldita, donde día y noche aleteaban los recuerdos trágicos!...

—¡Es al ñudo!—murmuraba amargamente el paisano;—¡es al ñudo regar un árbol seco y aguaitar venturas cuando la suerte es machorra!...

El mate cebado por sí mismo, bebido en la soledad, dejábale en el paladar un sabor de hiel; el asado se le atragantaba; y luego, al ir á acostarse, al entrar en la pieza negra, helada, sin ruidos, era como si todas las noches entrase en su propia tumba, ensayándose para el sueño final. Y apenas cerrados los párpados, apenas comenzado el reposo para su cuerpo, roto de fatiga, daba principio la cruel pesadilla, siempre la misma: los dos recuerdos espantosos, como si su vida entera hubiese sido borrada con la tinta de aquellas dos fechas nefastas!...

La obscuridad se había hecho completa en la llanura: á la distancia continuaban rojeando en los faroles del pueblo y las luces de las casas rurales, la lluvia seguía en garúas intensas y fugaces; el viento soplaba á bocanadas rabiosas, y hacia el este, por entremedio del follaje denegrido del bosque, se veían blanquear en partes las aguas impetuosas del Paraná. Las ovejas, azotadas por el viento y la lluvia, se habían desgranado, alejándose en todas direcciones.

En tanto, Cantalicio, inmóvil, insensible, encontrábase fascinado por las luces de aquellos hogares que eran como la ostentación de una vida con afectos, con madre, con esposa, con hermanos ó con hijos, es decir, con cuanto él había perdido conjuntamente con la esperanza de alguna compensación en el futuro.

Y esta vez, bien despierto, acudían á su mente los recuerdos lacerantes: la primera noche que faltó la luz en su rancho; la terrible noche en que al entrar al cuarto oscuro, se encontró con su pequeña Luisa durmiendo solita en su cama, y luego con un billete cínico en que su mujer le comunicaba su huida con un galán del pago. Tras unos días de desesperación, de delirio homicida, había logrado serenarse, conformarse, vivir para su hijita.

Empero, la fatalidad, porfiada como mosca de día tormentoso, no se dió por satisfecha: Hacía tres meses que su hijita, su hijita de diez años, su linda y cariñosa Luisa dormía bajo una cruz de hierro en el camposanto del pueblo.

¿Para qué vivir entonces? ¿Para qué preocuparse de la majadita y de la chacra?...

—¡Es al santo botón!—exclamó de pronto con dolorido acento.—¡A mancarrón flaco y apetao que no ha de llegar á agosto, vale más sumirle la daga en el codillo!...

Y tironeando las riendas, espoleó el caballo y partió á galope tendido hacia las barrancas del Paraná, cuyas aguas pardas, brillaban de rato en rato con los fogonzos de los relámpagos.

JAVIER DE VIANA.

Dib. de Hohmann.

